

amotinados. El día en Marchiennes había transcurrido alegremente; habían tenido un buen almuerzo en casa del director de la fábrica; luego una interesante visita á los talleres de una fábrica contigua, que les ocupó toda la tarde; y cuando al fin regresaban á su casa á la caída de la tarde de aquel sereno día de invierno, Cecilia había tenido el capricho de beber un vaso de leche al pasar por una casa de campo. Todos se apearon del carruaje; Negrel echó pie á tierra también, mientras la campesina, admirada de verse favorecida por aquellos señorones, se apresuraba á servirlos, y decía que deseaba sacar un mantel limpio para ponerles la mesa. Pero como Lucía y Juana querían ver ordeñar la leche, fueron todos al establo con vasos, y se divertieron mucho, llenando cada cual su vaso directamente de la teta.

La señora de Hennebeau, con aquel aire maternal que no la abandonaba nunca, tocaba apenas con los labios el borde del vaso. De pronto un ruido extraño, un rugido de tempestad que sonaba en el campo, los puso en cuidado.

—¿Qué será eso?—dijeron.

El establo, que se hallaba fuera de la granja y casi á orillas de la carretera, tenía una puerta muy grande para carros. Las jóvenes sacaron por allí la cabeza, y se quedaron asombradas al ver, allá á lo lejos, por la izquierda, una muchedumbre compacta y agitada, que desembocaba por el camino de Vendome.

—¡Diablo!—murmuró Negrel, asomándose á su vez.—¿Si acabará esta gente por enfadarse de verdad?

—Probablemente son los carboneros, que vuelven á pasar—dijo la mujer de la granja.—Ya van dos veces que los vemos. Parece que las cosas no van bien, y que son los amos de toda la comarca.

Hablaba con temerosa prudencia, observando en los rostros de aquellos señores el efecto de sus palabras; y cuando echó de ver el espanto de todos, la profunda ansiedad que les producía aquel encuentro, se apresuró á añadir:

—¡Ah! ¡Qué canallas! ¡Qué infames!

Negrel, viendo que era demasiado tarde para tomar el carruaje otra vez y llegar á Montson, dió orden al cochero de que metiese el coche en el corral de la granja, que era buen escondite, y él mismo ató allí su caballo, al cual tenía un chiquillo la brida. Cuando volvió á reunirse con las señoras, vió que su tía y las tres jóvenes, asustadísimas, se disponían á seguir á la mujer de la granja, quien les ofrecía esconderlas en su casa. Pero el ingeniero opinó que estaban allí más seguros, porque nadie había de irles á buscar á la cuadra. La puerta cochera, sin embargo, cerraba muy mal, y tenía tales rendijas, que desde dentro podía verse fácilmente cuanto ocurría en el camino.

—¡Vamos, valor!—dijo Pablo, tratando de echar á broma aventura tan desagradable.—¡Vendere

mos cara la vida, si es necesario!—añadió sonriendo.

Pero la bromita agrandó el miedo de las señoras. El estrépito y la gritería iban en aumento. Nada se veía aún; pero en cambio el eco de aquellas voces semejaba á ese rugir imponente del viento de tempestad.

—No, no quiero ver nada—dijo Cecilia escondiéndose detrás de un montón de paja, y tapándose los ojos con las manos, como hacía para no ver los relámpagos en los días de tormenta.

La señora de Hennebeau, muy pálida, encolerizada contra aquellas gentes, que por segunda vez le echaban á perder un día de diversión, permanecía inmóvil, con cara adusta y expresiva mirada de cólera, mientras Lucía y Juana, á pesar de su temblor, aplicaban los ojos á las rendijas, deseosas de no perder nada del espectáculo que se preparaba.

Los rugidos de los amotinados crecían; Juanillo apareció delante de todos, imitando con la bocina extraños toques de corneta.

—Coged los pomitos de sales, porque el pueblo huele mal—murmuró Negrel, quien, á pesar de sus ideas republicanas, gustaba de bromear con las señoras á costa de la gente baja.

Pero aquel chiste suyo se perdió en el huracán de gestos y de gritos. Habían aparecido las mujeres ¡cerca de mil mujeres! con los cabellos desgredados por la violencia de la carrera, enseñando

la carne, mal tapadas por sus andrajosas sayas. Algunas llevaban criaturas de pecho en brazos, y las levantaban en alto, agitándolas como si fuesen una bandera de duelo y de venganza. Otras, más jóvenes, blandían palos, mientras las más viejas, horribles de miseria y de cinismo, gritaban con tal furia, que las venas y los músculos del cuello se les señalaban como si fueran á romperse. Y detrás de ellas llegaron los hombres, dos mil locos furiosos, aprendices, cortadores de arcilla, cargadores; una masa compacta, movida por el mismo impulso, compuesta de individuos que se apiñaban de tal suerte, que no se distinguían ni los descoloridos calzones, ni las blusas desgarradas y sucias, confundidos con el color terroso del camino. Todos los ojos chispeaban, no se veían más que los negros agujeros de las bocas abiertas para entonar *La Marsellesa*, cuyas estrofas se perdían en un rugido colosal y confuso, acompañadas por el ruido acompasado que producían los zuecos en el endurecido suelo de la carretera. Por encima de las cabezas, entre el bosque de barras de hierro y de palos agitados furiosamente, distinguíase un hacha; ésta, que era la única arma que llevaban, era como el estandarte de aquella horda salvaje, y presentaba, al destacarse sobre el fondo azul del cielo, el perfil de la cuchilla de una guillotina.

—¡Qué caras tan terribles!—balbuceó la señora de Hennebeau.

Negrel se esforzaba por sonreír todavía; pero el

miedo se iba apoderando de él, y sólo pudo decir entre dientes:

—¡Que el diablo me lleve, si conozco á uno solo de ellos! ¿De dónde saldrán esos bandidos?

Y, en efecto, el furor, la cólera y el hambre, aquellos dos meses de terribles sufrimientos y aquella vertiginosa carrera que duraba ya muchas horas, habían convertido los pacíficos semblantes de los mineros de Montson en verdaderos hocicos de fiera. En aquel momento se ocultaba el sol: sus últimos rojizos rayos daban extraño colorido al cuadro terrible que contemplaban desde el interior del establo.

—¡Oh! ¡Soberbio, magnífico!—dijeron á media voz Lucía y Juana, despierto su artístico entusiasmo ante aquel horror que no puede describirse.

Y, sin embargo, ambas temblaban, y habían retrocedido hasta colocarse junto á la señora de Hennebeau, que estaba apoyada en una cuba vacía. La idea de que bastaba una mirada por cualquier rendija de aquella puerta desvencijada para que las asesinasen, tenía á todas sobrecogidas de espanto. Negrel, que era valiente, y de ordinario muy sereno, sentíase acometido ahora de espanto, de uno de esos espantos indescriptibles que inspiran los peligros desconocidos. Cecilia, oculta tras el montón de paja, no se movía. Y las otras, á pesar de su deseo de apartar la vista del terrible cuadro, no lo lograban, sin embargo, y seguían mirando hacia la carretera.

Era aquello la sangrienta aparición del movimiento revolucionario que acabaría con todos fatalmente cualquier noche de fines de este siglo. Sí; una noche, el pueblo, hartado de sufrir, desenfrenado, galoparía de aquel modo en horrible tumulto de aquelarre, recorriendo los caminos y las ciudades, y bebería la sangre de los burgueses, paseando sus cabezas y robando el oro de sus arcas. Las mujeres chillarían como furias, los hombres abrirían sus bocas de lobo para devorarlo todo. Sí; se verían los mismos andrajos, el mismo ruido cadencioso é imponente de pisadas, el mismo estrépito horroroso, cuando aquel bárbaro torrente desbordado barriese la sociedad actual. Las llamas de los incendios alumbrarían el mundo, en las ciudades no quedaría piedra sobre piedra, y volverían á la vida salvaje de los bosques, después de haberse hecho dueños del universo en una noche. No habría nada de lo que hay ahora, ni una sola fortuna, ni un solo prestigio de los que ahora nos gobiernan, ni un título que diese derecho á las actuales posiciones, hasta que tal vez apareciese una sociedad nueva. Sí; aquellas cosas que veían pasar por el camino, eran para ellas una profecía terrible.

De pronto, un grito inmenso dominó los acordes de *La Marsellesa*.

—¡Pan, pan, pan!—chillaban tres mil voces á la vez.

Negrel se puso más pálido de lo que estaba; Lucía y Juana se abrazaron á la señora de Henne-

beau, á quien apenas podían sostener sus piernas temblorosas. ¿Sería aquella la noche del derrumbamiento de la sociedad? Y lo que vieron en aquel instante acabó de horrorizarlas. Ya había pasado la mayor parte de la columna de revoltosos, y estaban pasando los rezagados. De pronto apareció la Mouquette. Se iba quedando atrás, porque se detenía á mirar por las ventanas y por las verjas de los jardines en las casas de los burgueses; y cuando descubría á uno de éstos, no pudiendo escupirle al rostro, le enseñaba lo que para ella era el colmo del desprecio.

Sin duda en aquel momento vería á alguno, porque, levantándose las sayas y encorvándose hacia adelante, mostró la parte posterior de su cuerpo, completamente desnuda, á la luz de los últimos rayos del sol. Tal espectáculo, en aquellas circunstancias, no causaba risa, sino, al contrario, espanto.

Todo desapareció: los huelguistas avanzaban con dirección á Montson. Entonces sacaron el carruaje del corral donde estaba escondido; pero el cochero no osaba asumir la responsabilidad de llevar á casa á las señoras sin que ocurriese una catástrofe si los huelguistas seguían ocupando la carretera. Y lo malo era que no había otro camino.

—Pues es preciso, sin embargo; nos marchamos, porque nos espera la comida—exclamó la señora de Hennebeau, fuera de sí y exasperada por el miedo.
—Esta canalla ha elegido para sus fechorías una

tarde en que tenemos convidados. ¡Haced bien á tales infames!

Lucía y Juana estaban ocupadas en sacar de entre la paja á Cecilia, que, muerta de miedo, creía que los salvajes no habían acabado de pasar, y que insistía en no ver nada de aquello. Por fin, todos ocuparon sus sitios en el carruaje. Negrel montó á caballo, y tuvo la idea de que fuesen por las ruinas de *Requillart*.

—Ve despacio—dijo al cochero,—porque el camino está atroz. Si al llegar allí tropezamos con grupos que nos impidan tomar de nuevo el camino real, te detienes detrás de la mina antigua, y desde allí iremos hasta casa á pie, y entraremos por la puertecilla del jardín, mientras tú te llevas el coche y los caballos á cualquier posada.

Se pusieron en marcha. Los huelguistas llegaban en aquel momento á Montson. Los habitantes del pueblecillo, después de haber visto pasar varios destacamentos de dragones y gendarmes, estaban muy agitados y llenos de miedo. Circulaban de boca en boca historias espantosas, y se hablaba de pasquines, en los cuales se amenazaba con la muerte á todos los burgueses; aun cuando nadie los había visto ni leído, muchos citaban frases textuales de ellos. En casa del notario, sobre todo, el pánico estaba en su colmo, porque acababan de recibir, por el correo, un anónimo, anunciándole que en su cueva había dispuesto un barril de pólvora para hacer volar la casa si no se ponía en favor del pueblo.

Precisamente los señores Gregoire, que habían prolongado su visita por hallarse en la casa al recibimiento del anónimo, lo discutían, lo analizaban, suponiendo que era una broma de cualquier mal intencionado, cuando de pronto el espantoso vocerío de las turbas de mineros acabó de poner á todos en conmoción. El matrimonio Gregoire sonreía, se asomaba por detrás de los cristales del balcón levantando los visillos, negándose á creer en una desgracia, y persuadidos de que todo se arreglaría amistosamente. Acababan de dar las cinco, y tenían tiempo de esperar á que la calle estuviese despejada, para atravesarla hasta la acera de enfrente, y entrar en casa del señor Hennebeau, donde los aguardaban á comer, y donde debían reunirse con Cecilia. Pero en todo Montson no había nadie que participase de su confianza: las puertas y ventanas eran cerradas con violencia, y las gentes corrían fuera de sí en todas direcciones. Al otro lado de la calle vieron á Maigrat, que cerraba cuidadosamente su almacén, tan pálido y tan tembloroso, que no hubiera podido hacerlo sin la ayuda de su mujer.

Las turbas acababan de detenerse frente al hotel del director, gritando con más fuerza que nunca:

—¡Pan, pan, pan!

El señor Hennebeau, en pie, detrás de la vidriera del balcón de su despacho, tuvo que retirarse cuando llegó Hipólito asustado á cerrar las maderas, de miedo que al verle rompieran á pedradas

los cristales. Cerró de igual modo todos los balcones del piso bajo y después los del principal.

Maquinalmente, el señor Hennebeau, que lo quería ver todo, subió al segundo, al cuarto de Pablo: era el que estaba mejor situado, porque desde allí se descubría la carretera hasta los talleres de la Compañía, y se colocó detrás de la persiana para dominar las turbas. Pero la vista de aquella alcoba le hacía tanto daño, ahora que estaba arreglada y con la cama hecha, como cuando la visitara aquella mañana.

Toda su rabia de entonces, la terrible batalla librada en su interior durante la tarde entera, se convertía en un gran cansancio, en una fatiga abrumadora. Su corazón estaba ya como la alcoba, refrescado, en buen orden, barrido de las basuras de aquella mañana, vuelto á su corrección habitual. ¿A qué un escándalo? ¿Acaso había sucedido algo nuevo en su vida conyugal? Todo era que su mujer tenía un amante más, y, francamente, la circunstancia de que éste fuese su sobrino, apenas agravaba el hecho; tal vez, por el contrario, presentaba la ventaja de cubrir las apariencias. Tenía lástima de sí mismo, al recuerdo de sus celos. ¡Qué ridiculez, haber dado puñetazos á la cama! Puesto que había tolerado á otro antes, toleraría ahora á éste. Todo se reducía á un poco más de desprecio. Hallábase emponzoñado por una amargura horrible: la inutilidad de todos sus esfuerzos, el eterno dolor de su existencia, la vergüenza de sí mismo

al pensar que adoraba á una mujer que le abandonaba de tan indigna manera.

Al pie de los balcones, los gritos redoblaron con violencia:

—¡Pan, pan, pan!

—¡Imbéciles!—dijo el señor Hennebeau entre dientes y llevándose una mano al corazón.

Oía que le injuriaban porque tenía un gran sueldo; que le llamaban holgazán y canalla; que se hartaba de comida, mientras el obrero se moría de hambre. Las mujeres habían visto la cocina, y se desencadenó entre ellas una tempestad horrible de imprecaciones contra el faisán que estaba en el horno, contra las salsas, cuyo olor sabroso excitaba sus estómagos vacíos. ¡Ah! ¡era preciso asesinar á los canallas de los burgueses, que se llenaban de champagne y de trufas hasta reventar!

—¡Pan, pan, pan!

—¡Imbéciles!—repitió Hennebeau.—¿Soy yo, acaso, dichoso?

Y sentía verdadera cólera contra aquellos salvajes, que no comprendían sus sufrimientos. De buen grado les hubiese cedido su pingüe sueldo, por hacer la vida que ellos hacían con sus mujeres. ¡Que no pudiera sentarlos á su mesa, hacerlos comer faisán y trufas, en tanto que él se dedicaba á la conquista de alguna muchacha detrás de los trigos, sin ocuparse en si había tenido ó no otros amantes antes! Lo hubiera dado todo: su bienestar, su lujo, su influencia como director, á cambio de

pasar un día como el último de los infelices que tenía á sus órdenes, en completa libertad para abofetear á su mujer, y para buscar placeres con la del vecino. Y deseaba también verse muerto de hambre, con el vientre vacío, con el estómago atormentado por los calambres: tal vez aquello mataría su eterno dolor. ¡Ah! ¡Vivir como una bestia, no poseer nada que fuese suyo, corretear por todas partes con cualquier minera, con la más fea, con la más sucia, y ser capaz de contentarse con eso! ¿Qué más felicidad?

—¡Pan, pan, pan!—gritaban las turbas.

Entonces él se exaltó, y exclamó furioso, casi dominando el tumulto:

—¡Pan! ¿Basta con eso, imbéciles?

El tenía pan, y no por eso sufría menos. Su desdichada suerte conyugal, su vida de continuo dolor, se le subía á la garganta, como si fuesen á ahogarlo. No se adelantaba nada con sólo tener pan. ¿Quién sería el idiota que cifrara la dicha de este mundo en el reparto de la riqueza? Esos estúpidos revolucionarios podían demoler la sociedad, y fundar otra; pero no darían á la humanidad ni un solo goce más, ni la ahorrarian un solo pesar, asegurando á todos el pan. Por el contrario, aumentarían las desventuras de la tierra, y hasta harían rabiarse á los perros de desesperación, cuando los sacasen de la tranquila satisfacción del instinto, para lanzarlos al sufrimiento de las pasiones. No; la felicidad verdadera consistía en no ser, y

ya que se fuese, en ser árbol ó piedra; menos aún, grano de arena, que no se siente dolorido al ser pisado por la planta del hombre.

En aquella exasperación de su tormento, las lágrimas arrasaban los ojos de Hennebeau, y empezaban á resbalar por sus mejillas. El crepúsculo había ya envuelto en tinieblas la carretera, cuando multitud de piedras empezaron á ser lanzadas contra la fachada del hotel. Sin odio hacia aquellos seres hambrientos, rabioso solamente por la herida de su corazón, que manaba sangre, el infeliz seguía murmurando, mientras enjugaba sus lágrimas:

—¡Imbéciles! ¡Qué imbéciles!

Pero el grito de la muchedumbre hambrienta lo dominó todo con su rugido de tempestad:

—¡Pan, pan, pan!



IV.

STEBAN, á quien las bofetadas de Catalina habían sacado de su embriaguez, continuaba al frente de los amotinados. Pero al mismo tiempo que con voz enronquecida los lanzaba sobre Montson, otra voz resonaba en él, un grito de razón y de justicia, que lo asombraba pidiéndole cuentas de todos aquellos desmanes. Él no había deseado nada de aquello: ¿cómo era que, habiendo salido para *Juan-Bart* con objeto de obrar prudentemente y con frialdad, evitando todo desastre, acababa el día, después de haber caminado de violencia en violencia, asaltando la casa del director, ó sitiándola al menos?

Y él, sin embargo, era quien acababa de gritar: «¡Alto!» Es verdad que su objeto principal había sido proteger los talleres de la Compañía, que los huelguistas intentaban destruir. Y ahora que veía